



Amen dico vobis: si quis sermonem meum servaverit, non videbit mortem in aeternum

~~Lib. que que~~ En verdad os digo: que el que guardare mi doctrina no morirá jamás. — Evang. del Juan c. 8. 491 —

¡Cuánto sería venir hoy à recordar el deber de ser fieles à la doctrina de la verdad, si la Iglesia no tuviera que llevar otras dignidades y las que son el patrimonio de la humana flaqueza: entonces el único caracter visible del zelo sacerdotal sería la compasión, y el óleo ofurrarse mientras llagas no se desmenuarían en lagrimas de ternura; pero han venido los tiempos de degradaciones predichas p. los Apóstoles, en los que no es respetada la sana doctrina de la Fé, y en que se busca el único cañon de la soberana felicidad en la Religión, ninguna otra cosa caracterizará tanto nuestro siglo, como esa funesto desprecio à la verdadera fé, que hace de la vida un caos y de la vida futura una quimera. A imitación de los ciegos judios, que viendo los milagros de J. C. no caían en él, y miraban con indiferencia su doctrina; el filorofismo ~~extruido~~ en nuestro siglo, indiferente por todas las religiones, no adopta ninguna, da pasos precipitados al ateísmo, sepultándose en un caos, de donde está destruida toda luz y todo consuelo. Creyendo hallar dicha y satisfacción, rememoran la inquietud y el

pensar p. todos y antes.

Gracias à la Divina misericordia que no
tenemos que combatir en nuestro auditorio este
funestísimo error, y solo si que prevenir à los
fieles contra él. Porque vive aun en nuestros
coraciones la Religión Sacrosanta, ella es el cen-
tro de nuestros deseos, el mas caro objeto de
nuestra veneracion. Pero es preciso velar para
no caer; es preciso no perder de vista, que fue-
ra de la verdadera Religión no hay otra cierta,
p.^a no hacemos infelices y desgraciados. No es
otro el espíritu de la maxima del Salvador,
dirigida à los ciegos judios, que en su obstinacion,
insultaban ~~la~~ la doctrina celestial con sarcas-
mos y burlas, depreciando al Hijo en Dios. *Siqui
sermonem meum servaverit, non videbit mor-
tem in aeternum.* ¿Imaginaremos siquiera, como
ellos, q. J. C. habla de la inmortalidad al uer-
no? Leso de nosotros una idea aun estrecha:
nuestra fe es, que sin ser fieles à la doctrina
de J. C., no podemos ser felices ni en el tiempo
ni en la eternidad.

Ciertamente: la Religión es ~~el~~
alma de nuestra existencia: es una verdad pri-
mitiva, q. forma la parte mas profunda de
nuestras sensaciones morales: el origen es donde
nacen todos los principios de justicia, de piedad,
y de amor, que en este mundo es un dia
hacen los encantos del hombre p.^a prepararlo
à la eternidad: la unica tradicion fiel es cuan-
to grande y bueno ha habido al traves del

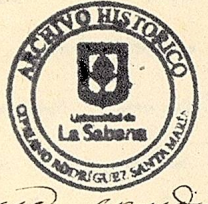
civilización producida por la iniquidad de los siglos: el intérprete inflexible de la Divinidad, y repleta las acciones humanas por principio en eterna justicia: el número de los desgraciados en todas sus circunstancias, el único consuelo en la inocencia sacrificada y de la debilidad oprimida: ¡la única apelación de la tierra al cielo!

¡Ay, pues, de aquel que desprecia la Religión! Pero feliz y mil veces dichoso el que no busca en otra parte su dicha! Porque, católicos: el desprecio de la Religión conduce al hombre a la última desgracia; y será el asunto de la primera parte: y solo con la Religión es feliz el hombre en la tierra y en el cielo; y esta es el objeto de la segunda.

¡Espíritu consolador, que heuis sentin a las almas religiosas las tribunas en vuestro amor! Dad unción a mis palabras, p.^a q. existen en mi auditorio la fidelidad a la doctrina en la Religión; pues p.^a ello interponga los ruegos en la criatura mas fiel, q. jamás vieron los cielos ni la tierra. Ave gratia plene.

I.

Basta considerar el camino que conduce a la iniquidad, p.^a deducir q. el abandono en la Religión hace al hombre la criatura mas desgraciada del universo. La fe, que es la vida del alma, nos enseña lo justo y lo util; pero la soberbia obscurece el entendimiento despues que la sensualidad ha corrompido el corazón. Por aqui.



conviene siempre la incertidumbre. La luz natu-
ral enseña al hombre que debe vivir invaria-
blemente sujeto á la ley divina, y estarla siempre
consultando; pero desde el momento q. quiere
satisfacer sus pasiones, no halla otra sabiduría
que gozar de lo presente; mira como una in-
sensatez privarse de los placeres de que puede
gozar á su arbitrio, por la esperanza de unos
bienes futuros que nadie le puede asegurar; co-
mo si las promesas de Dios no fueran mas
seguras é infalibles; que cuanto estamos viendo
con nuestros ojos; como si bajo el gobierno de
un Dios justo estuviera reservado el mismo
destino á la alma triunfante q. lo adora y cree
en su Religion, que al insipio que lo desprecia;
como si los rápidos bienes y males esta
vida pudiesen servir de suficiente castigo
á la culpa y premio á la virtud; como si la fe-
ma, los honores y los placeres fueran otra cosa,
que un continuo engaño, que nos seduce, y
que deja dentro del corazón un inmenso va-
cío en medio de aquellos mismos que nos pare-
cia lo mejor. ¿No conoce cada uno que tiene
dentro de sí una alma inmortal, que no
puede haber sido creada para vivir como los
inaccionales un corto numero de dias, y des-
pues por siempre, sin que en el libro de la
eternidad quede noticia alguna ni de él, ni de
lo que fue mientras vivió? ¿Por involuntaria-
mente está toda nuestra alma ocupada del
deseo de la inmortalidad; por mas culpa-





que asumió el hombre, no puede destruir el interior dictamen de su conciencia, que le obliga á reconocer aquello mismo que procura borrar. Su medio de tolar los delirios que se forma la impudencia, jamás se persuade á que la justicia y el crimen sean solo quimeras señaladas con distintos nombres para que tengan alguna realidad: en el abismo del mar deenfrizado libertinaje, la voz de la conciencia está diciendo al hombre, que no es posible agrar á Dios sin costumbres puras, ni darle honor sino en un culto santo, ordenado y no negligente infalible, y no p. lo q. á cada uno dicta el capricho de su imaginación; porque el sentido común le recuerda incesantemente, q. la verdad es una, eterna é indivisible, y que p. lo mismo no puede buscarse si Dios fuera de aquella Religion que divide el principio del mundo ilumina las sendas de la vida eterna.

Sin embargo, la soberbia, raíz de todos los vicios, no puede conformarse con la superioridad: la corrupción quiere verse libre de todo yugo. Así el hombre comienza á febrilmente combatir mismo p. el continuo combate que sufre en alma indecisa entre la Religion q. lo refrena y las pasiones que vivifican sus sentidos y su amor propio: le es doloroso arrastrar los derechos de su carne á la conciencia; quisiera arredondar ésta á los caprichos de las pasiones, y de este modo cuanto quiere según su voluntad desparada, al paso q. con mas ansia lo desea, le

parte bueno, dice S. Agustín: quodcumque volumus
bonum est. Al principio solo cree mas en
esta condescendencia con la humana fragilidad:
se permite mas libertad en el deleite y en la
utilidad mundana: se acostumbra poco á poco
á una vida sensual enteramente ajena en
la severidad del evangelio: el habito le hace
imaginarse que todo le es lícito: pretende que
go excusar su conducta como cuenta en su
vida: y por un progreso en errores á que
hay no pocos ejemplos, llega á pervertirse,
~~á~~ á que cuando viene por las sendas
la iniquidad, procede f. los principios et
f. quodcumque placet sanctum est. En
tonces ya el respeto á la verdad está casi ex-
tinguido: cum no se atreve á contradecir cla-
ramente la doctrina del evangelio, pero vive
en la indolencia: abandona los sacramentos, de-
ja las practicas piadosas, se fereida en la de-
vocion; y el disgusto del espíritu q. no lo
desampara, comienza á levantar dudas acer-
ca de esas mismas maximas q. antes had-
bra tenido f. infalibles: se dice á sí mismo, que
si el unico camino que guia al cielo es el
q. ensena el evangelio, será preciso condenar
á la mayor parte de los hombres, porque
casi nadie camina por el. Apenas defa en
un exterior una apariencia de religion, por
respeto publico, y ciba en un corazón toda
realidad.

i ¿cual es entonces la lamentable situa-



4
cion del hombre? ¡Ah! católicos: como no era po-
sible sostenerse largo tiempo en el estado de
indiferencia y desprecio de la Religión, llama á la
incertidumbre en pos de las pasiones: estas son
demasiado débiles p.^o sostenerse f. si solas: el enten-
dimiento y la conciencia las impugnan dentro
del corazón: es necesario buscarlas un apoyo
fuera y defenderlas el hombre contra sí mismo:
no quisiera él que unas pasiones q.^o temen-
tosa fueran peccaminosas, ni tener que estar
continuamente defendiendo los intereses de los pla-
ceres contra los derechos de su conciencia: qui-
siera disfrutar en paz de sus delicias, libran-
dose de un censor importuno que siempre
se pone al frente de la virtud contra las pasio-
nes; porque no puede gozar del fruto de sus
delicias, disputado f. los remordimientos de la
conciencia. Muy caro cuestan los placeres cuando
se compran á expensas del sosiego del alma.
Pero esta pérdida es la del q.^o ha despreciado la
Religión: no puede gozar un instante en tran-
quilidad: se ve como forzado á abandonar
un desordenes, ó vivir tranquilo con ellos: y
como el desaliento le costaría mucho trabajo,
se resuelve á buscar su paz, en dudar de to-
do - abandona el yugo de la fe, ni que su con-
ciencia quede satisfecha, ni lo está ni en sus
vivas.

¡Hombre desventurado! ¿que has hecho? ¿Es
posible q.^o vivas sin Religión? ¿que será ad 4i?
¡que engorro temer funesto! Creyó el incrédulo

encontrar sosiego en una libertad mal en-
tendida, y solo halló una inquietud ris risi-
na, y un abandono que lo arroja en el
caos de la revolución. Pero, ¡oh grandios! toda-
via estáis mirando desde lo alto alos cielos
à ~~este~~ infelís que corre à su perdición f
depreciaros: os dignáis cum os volver sobre
el nuestros ojos misericordiosos. Habemos
la bondad del Señor, que, cuando el hombre
emprende el camino de la irreligion, le
torna à ceder pero en falsa seguridad con
resaca impudor en su gracia: lo espera à que
abra los ojos y vea el abismo que cabe ba-
jo de sus pies con sus propias manos; à q
conosca la extravagancia es una razon q
pone toda su gloria en una fumeta sin
gubunidad: lo espera à que el mismo exeso
de su frenesí lo traiga al conocimiento es
la verdad, que clama siempre en el fondo
de su alma; en aquella verdad que no han
podido borrar los mas cautes resultados es
su peñones: lo espera en fin, à que los mis-
mos horrores q. la incredulidad oja en el
alma, le obliguen à buscar su dicha y su re-
paso, no en dudar si Dios es testigo es sus
pecados, sino en llamallo à su cororon,
despues de haber quitado de el lo que lo
separa de su Señor.

Pero en vano espera Dios al in-
credulo, porque su impiedad lleva al hom-



bre por unos caminos tem extraviados, y
casi es imposible salir de ellos. Muchos vuelven
arrepentidos despues de haber seguido los flequeras
de la Dda; pero; que pocos son los que salen a la
impia depravacion del entendimiento! Los años amon-
tigan las peniones; mas la soberbia del incredulo
renace y se fortifica con los años: cuanto mas se
aumentan estos mas ^{se} ~~crece~~ la filosofia mundana
a la impiedad, y la vejez es el tiempo en que se
granda el incredulo mayor estimacion es sus
invitados. En vano solicita Dios a ese hombre
insensato, pues juzga que los remordimientos
y secretos temores que evita la gracia en mal-
ma, son reliquias de las preocupaciones vul-
gares que dejó en ~~la~~ ^{el} ~~alma~~ la educacion, y
no alcanza a borrar con sus discursos. De esta
manera el incredulo se hace el mismo inutil
p^a los designios de la misericordia divina. y
que mas? Se hace tambien inutil p^a su pro-
prios, porque ha roto el lazo de la religion, que
unicam^{te} lo unia a ellos en caridad; inutil p^a
la sociedad, porque como el alma da vida al
cuerpo, asi la Religion es el alma de la socie-
dad en cada uno de sus miembros; inutil p^a
la Patria, porque mira la autoridad publica;
sino como una usurpacion, al menos como
un poder que no tiene titulo alguno del
cielo; inutil para sus familias, porque desca-
do en caridad con el veneno de la impie-
dad, no es capaz de inspirar en sus hijos

ningun sentimiento de amor y gratitud
hacia el Criador, ningun respeto à la piedad,
ninguna dero de la virtud, ningun afe-
to sincero y de caridad à los hombres: inutil pa-
todo bien, el opróbrio del existianismo y el
escandalo de la sociedad. Su boca se abre ante à
un sepulcro lleno de inficion, solo se abre
p^o. exalar un veneno pestifero que infi-
cion à los demas: sus mas inocentes discun-
tos son aquellos en que no se habla de la
Religion, ni de Dios; y si alguna vez se pro-
nuncia en ellos su santo nombre, es p^o ultra-
jeale, pues su lengua dolosa, ataca en dis-
cretos tejidos con ardor, la amable Provi-
dencia de nuestro Dios, y su justicia inflexible
en la eternidad: la ambicion, la venganza, la
vanidad, un dero insaciable de placer y co-
modidades con los miseros bienes que estimo;
pero las humillaciones, el desprendimiento de
la tierra, la mortificacion, el perdón de las
injusticias, son inutilidades: el mismo culto
del Señor; su deber sacrosanto que la razon
reconoce, y la Fé arregla, solo es bueno en un
concepto p^o. el vulgo, cuya poca civilidad, no
le da otros medios de gobernarse. ¡Dios Santo!
¿el culto que se os debe no es una parte esen-
cial del hombre? ¿El Sabio deca de ser à vues-
tra presencia un gusano de la tierra, como
el ignorante? ¿Son distintas la moral y el coraçon
del barbaro y el civilizado? Catolicos: fútiles y cauti-



6

~~nos, han dado testimonio á la verdad. Los Babilonios~~
~~en medio de su idolatría, sin conocer al Dios en Par-~~
tra parte, ¿ que hoy, católicos, que efensa un poder
mas eficaz en el corazón humano que el culto
verdadero? Jentiles y cristianos, barbaros y civilizados,
todos han dado testimonio á la verdad. Los Babilo-
nios cuando no conocian al Dios en Israel, no
viclos de la majestad del Pueblo. Sentos cautivos á
las orillas de sus rios, venian á rogarnos que les
contaran los sentos de Sion, porque citaban fas-
tidiosos de los sentos fabulosos y extravagantes
de sus sacerdotes; y penetrados de la magnificencia
y sublimidad de las alabanzas del Señor, no cesaban
de oír la relación de sus maravillas y grande-
zas publicadas en himnos y sentos. En nuestras
iglesias, las sentas separadas de la verdadera Igle-
sia, no cesan de reconocer su superioridad en
nuestro culto, y se apresuran á participar
las emociones puras que produce en el cora-
zon la celebracion de nuestros misterios. Porque
prel el alma á los sentimientos de piedad y
de amor de Dios le inspira, no puede resistir
se á confesar, que jamas halla satisfaccion alguna
comparable á la que experimenta en los dias
santos en que se celebra el inefable misterio
de nuestra redencion, en los que, digamoslo así,
Dios llena mas con su presencia nuestros tem-
plos.

Ahora bien, católicos: ¿ que idea tendrá el he-
reje humano el que se atreve á esecrir en
un orden eminentemente en sus sensaciones morales?

¿Podrán los errores del filosofismo servir de
regla p.^a conocer los sentimientos del corazón
humano? ¿El sentido común no es el resultado
del sentimiento universal de los hombres en to-
das las tierras y en todas partes? ¿Pues que
pensará de tantos Vaillones en hombres picado-
ros el q.^o despreisa la Religión? Es necesario q.^o
todas las juntas desde Abel hasta Simeon; que
todas las generosas mártires del mundo entero;
que las vírgenes pures, los anacoretas persistentes,
los venerables prelados que han dado su vida
p.^a un rebato; que los célebres doctores q.^o han
visto la luz y la edificación de un siglo; es nece-
sario que tantas nombres mas prodigiosos p.^a
sus virtudes q.^o p.^a sus mismos vicios; es
necesario, revelos á Dios, que era unbe el
testigo, en quienes el mismo paguismo
admiró unas virtudes celestiales, hayan sido
perverros y febrros, p.^a q.^o el juicio queda
justificado á sí mismo en ~~extravagantes~~
diversos. Pero si la razón universal; si el
velo y la tierra dan testimonio á la ver-
dad - ¿á donde puede buscar su dicha el que
despreisa la Religión? ¿Que numero le queda en
sus desgracias al que ^{ha} ultrajado la fe, y desechado
el evangelio?

Católicos: Dios es el único consolador en
las almas en las aflicciones al mundo; el
único alivio de las penas se encuentra
en la sumisión de la voluntad á los adora-
bles decretos de un Provedor, en lo secre-



tos peceros de la gracia y en la fe, que nos en-
 trena à mirar los trabajos y penas de esta vida
 como una expiación de las culpas cometidas
 contra Dios. Pero el incrédulo que no le conoce,
 que no le invoca, que está perseguido, à que
 no existe, ó à que no cuida de las cosas que se
 ordenan à él, ¿à quien ocurrirá en los males
 y contratiempos de la vida? ¿que divinidad puede
 invocar en el universo? Se mira como el único
 amo de su muerte, cree que solamente depende
 de si sobre la tierra, y no conoce poder alguno
 invisible y superior à él: es necesario que patee
 solo en el mundo en sus trabajos contra todas
 las criaturas q. se levantan contra él; ¿en que
 funesta soledad se encuentra entonces el incrédulo!
 Sin Dios, porque lo ha negado; sin el testimonio
 de su conciencia, porque acaba de oprimirlo con
 los horrores que le representa; sin esperanza de
 que le sean útiles los trabajos, porque no conoce
 mas felicidad q. la de esta vida; sin socorro en punto
 de los hombres, porque aunque se compadescan
 de sus miserias, no pueden aliviarle tan al
 alma—; solo en el universo, como un infeliz oprimido
 ruido de males, arrojado en un caos vacío y te-
 nebroso! ¿Adonde volverá sin Dios? ¿à quien alun-
 gará las manos? ¿Dónde oirá una voz que lo con-
 sole? ¿Que desgracia! No le queda mas recurso
 que separarse en la desesperación, entregando
 se al acaso, divinidad monstruosa, en quien
 ha confiado antes q. en la misericordia y sabi-
 duria de Dios; y precipitarse sin saber à donde

vá, ni de donde viene en las fúnebres similitud
la incredulidad que le rodean. Como un viciado es
el mundo bien que conoce y espera, todo cuanto
le amonesta aun desde lejos, le amonesta, y le
presenta un funesto espectáculo, pensando se
en insensación como una tumba, la tris-
te idea es que vá á sepultarse en la nada con
la muerte, y vertiéndose á esta delirio la
terrible imagen de un Dios vengador de la
impiedad, castigando al incrédulo en suplicio in-
cuento p. toda la innumerable eternidad.
Así se verifica lo que Dios tiene predicho p.
David; - que el impio por no habéle invo-
cado, sufrió los males de la vida presente que
debía despreciar; y no reparó en los desagradables
eternar á que corría. Dominum non invocaverunt,
illuc trepidaverunt timore, ubi non erat firmor.

Cere, pues, el filotofismo de despre-
ciar las humillaciones, el ayuno, y todas las
prácticas cristianas: cere de insensar que vivi-
mos en demencia y superstición al vernos por-
trados ante el altar santo, llevar uná uná cupas
en el sacramento y procurar deducirnos del
trouba vesp. p. cristianos del nuevo. i si toda un
sabiduría no ha podido ^{edax} la paz al alma, ni la
esperanza de la salvación - i como es q. se atreve
á amonastar? i como desprecia la Religion? Pues

nostro, que solo con ella es feliz el hombre en la tierra y en el cielo.

2.

No hay deseo alguno que sea tan natural en el hombre, como el de la felicidad: todos sus pensamientos, y todas sus acciones aspiran á este fin como á un término. Pero á proporcion que este deseo es universal, son tambien muy varios los medios p.^o donde se busca la felicidad. Unos exigen la salud en su corazón, que es demasiado frágil para sostenerla: otros se buscan en las diversiones y placeres, que acompañados siempre en sus arranques y seguidos en disgustos, aun cuando con victas, no pueden proporcionarla. En cualquiera cosa que se vean cumplidos nuestros deseos nacen luego otros nuevos: el mundo, es verdad, nos tiene por felices; pero la envidia, la prosperidad ajena, lo que falta á nuestra ambicion, la vanidad de lo que poseemos, todo cuanto nos rodea nos hace volver sobre nosotros mismos, y escuchamos en el fondo de nuestra alma aquella voz que se hace oír en medio del tumulto de las pasiones, que nos sigue hasta el abismo del desorden, y que no nos permite ignorar, que habiendo sido hechos á imagen de Dios, no podremos haber sido caidos sino por él. Esta luz interior, que solo puede colocarse en el corazón humano el Divino Acuerdo del mundo, al mismo tiempo que es un gusano con sus ojos p.^o el insensado, es una fuente inagotable

ble en consuelos para el que tiene la dicha es
profundar la verdadera religion: porque toda la
creencia del hombre consiste en saber vivir
con Dios en el tiempo y en la eternidad; y
esto es lo q. la Fé le dá haciendolo feliz en la
tierra y en el cielo.

Con efecto, existian: tanta que se publi-
có el evangelio nadie conoció perfectamente la
naturalera del hombre: no hubo filosofo que
pudiere declarar las contradicciones que se hallan
en el mismo hombre. Podria decirse que esa á
un tiempo feliz y desgraciado, llevando consigo los
nobles caracteres de su esclava y tan evidentes
pruebas de su miseria. ; De donde viene? ; á donde
vá? ; de quien es imagen? La ~~filosofia~~ ^{filosofia} ~~humana~~ no
puede descubrir estos misterios, y por eso dejó al
hombre en la oscuridad de la duda y en la inquie-
tud. ; Ni como se habian de conciliar las incli-
naciones tendidas al corazón, con el amor al bien;
la luz de Dios gravada en el alma con las ti-
rrias que la rodean; los movimientos que la
elevan al cielo, con el peso que la oprime hacia
la tierra; las impetuosas vehemencias de la carne,
con los agudos remordimientos de la conciencia;
la continua guerra de las dos porciones del
hombre, de las cuales la una quiere man-
dar, y la otra resistir obedecer?

Pero la Santa Religion es J. C.; la luz
irradiadora del evangelio, dirigida ~~en~~ ^{en} ~~estas~~ ^{estas} ~~fini-~~
blas, ilustra nuestros entendimientos y fija nues-



tra creencia. Ella es la que nos descubri el velo de todos los misterios que el corazon humano presentaba a la filosofia: nos enseña a quell estado de gloria y felicidad en que fue criado nuestro profeta, nasciendo en un alma tan gloriosa imagen del Criador, con los admirables dones de inocencia, justicia e immortalidad; dones que lo hacen muy grac inferior al angel: nos enseña que el hombre no supo conservar el inmenso tesoro con que habia sido enriquecido, y que el pecado y la muerte ocuparon en él el lugar de la inocencia y de la immortalidad: nos enseña que aun en esa funestissima deprecia provoco Dios su remedio. Haciendo bajar a su Hijo unigenito a tomar sobre si las enfermedades y a pagar el tributo para expiarlas, ofreciendose por victima en un sacrificio voluntario. De ahí nos da el feliz titulo de hermanos de J. C., con el que adquirimos la eterna felicidad en vida e idios; descubriendounos de este modo la fe, donde está el lugar de nuestro descanso, y cual es la unica felicidad verdadera a que debemos aspirar. Se acabaron las tinieblas y la inquietud de la filosofia: ~~la~~ luz en Jerusalem y la gloria del Señor ha iluminado el orbe entero: todo es cierto para el cristiano, y no le queda que hacer sino seguir las sendas que la Religion le enseña. Sus preceptos le parecen difíciles pero no por eso de fa se encuentran basados sobre la eterna justicia; y descubren en ellos el medio unico en dar la paz a los hombres y de introducir entre ellos la union y el amor sincero.

Porque, advertid, católicos, que la Religión to-
tamente puede encadenar las pasiones, p.^o enagrar
la sociedad; y sin ella no hay vigor en las leyes,
ni freno alguno universal: ella sola combate nues-
tro corazón, p.^o intenta curarle: nos enseña el
modo de atacar nuestros enemigos interiores,
declara una guerra abierta á todas las desordena-
das inclinaciones de nuestra concupiscencia; y nos
enseña á distinguir lo bueno y á practicarlo, con-
descubriendo hasta los mas viciosos defectos, y elevan-
donos á la sublime perfección. La Religión
forma un nuevo corazón en el hombre; lo
adorna de todas las virtudes, y enseña en el
una caridad ardiente y sin discurrir, un santo ter-
ror al mal, un fervor infatigable, un zelo
animado del amor, un digno perfume de las cosa
terrenales; fija los deseos del alma en el cielo,
sin que tenga otros en la tierra, que los sea
un firme vínculo á la ley y al cumpli-
miento de sus obligaciones.

Vease aquí porque es, que el que
de veras pertenece á la Religión, goza de este
mundo de la tranquilidad del alma en medio del
tumulto de las pasiones. Si no puede desterrarlas,
sabe hacerlas útiles, sujetándolas bajo el suave
imperio de la gracia. Regladas su espíritu y sus
pensamientos, ejerce un dominio absoluto sobre
su corazón: es dueño de él y de todos sus deseos:
lejos de seguir las sendas de su iniquidad, procura
enfocar en su alma hasta las semillas del pecado: